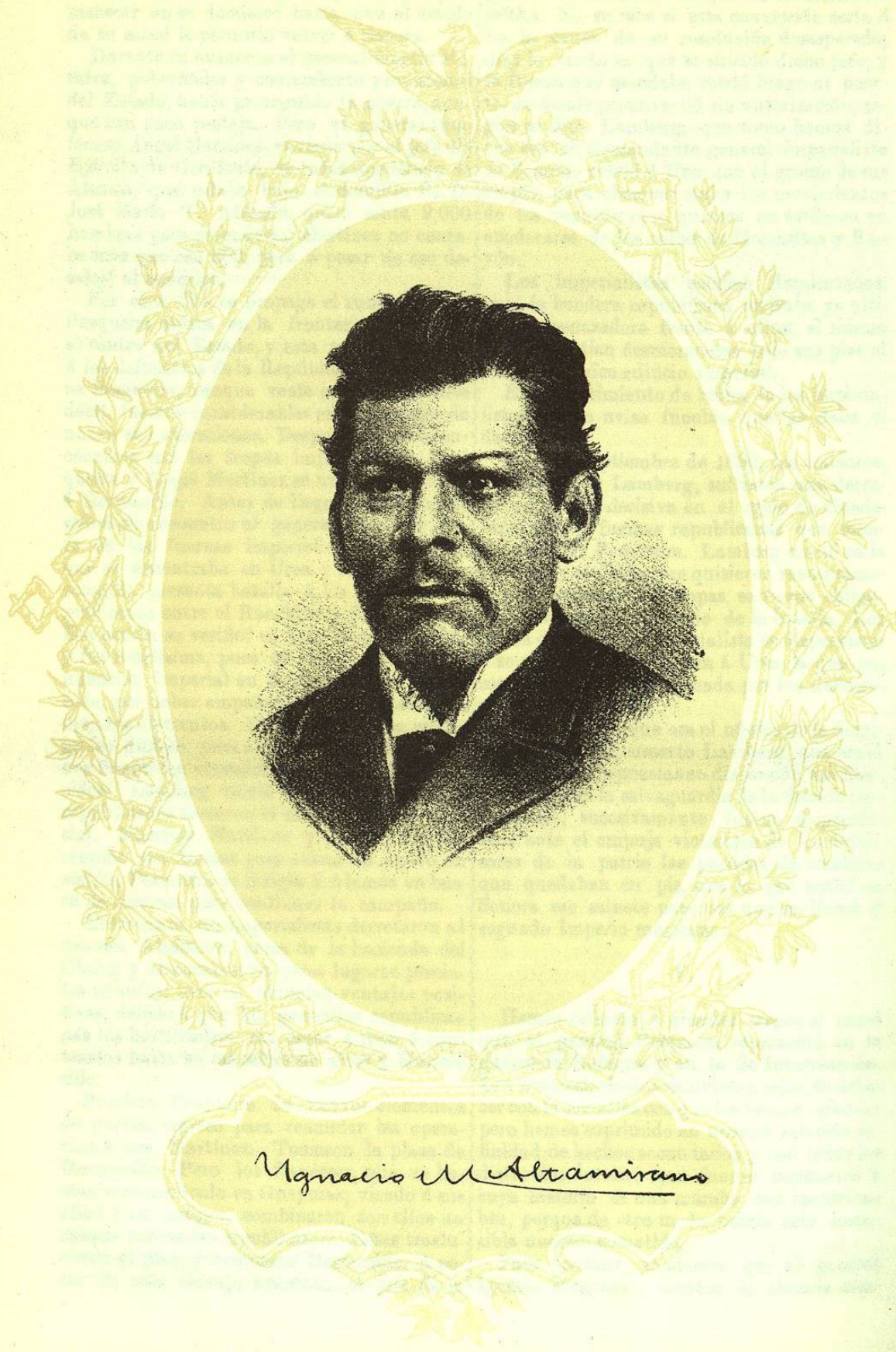


"Liberales Ilustres Mexicanos."



tura y elevados sentimientos, de mirada viva y viva inteligencia, de grande ambición pero de gran valer al mismo tiempo, es sin duda el soldado más popular que ha tenido Sonora. Y fué esa popularidad la que le ayudó á sostenerse veinte años en el poder, á pesar de los obstinados esfuerzos de sus enemigos para derribarlo.

Dotado de una flexibilidad extraordinaria de carácter, lo mismo se mostraba un cumplido y elegante caballero en los salones, que un camarada franco y expansivo en los campamentos, lo cual le atrajo la simpatía general del pueblo sonorense.

Como gobernante absoluto, como dictador incontrastable que le hicieron las circunstancias, sin duda cometió faltas dignas de cen-

sura. Mas no es en una obra de la índole de esta donde pueden tener cabida las apreciaciones referentes al hombre político. Demos, pues, por terminada nuestra tarea.

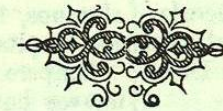
El distinguido liberal que nos ocupa, y cuya vida pública había sido un incesante batallar, murió tranquilamente en su hacienda de Banacuchi, el 4 de Enero de 1886.

Han pasado 18 años desde la caída de Pesqueira y 9 desde su muerte, y todavía en varios puntos de Sonora, las exclamaciones de entusiasmo ó de provocación suelen ir seguidas del grito tradicional: ¡Y viva Pesqueira!

Un hombre que de tal modo llega á arraigar su recuerdo en el corazón de un pueblo, seguramente ha tenido algún valor.

ANTONIO ALBARRAN.

México, Mayo de 1893.



IGNACIO M. ALTAMIRANO.

1834.—1893.

I.

Es tarea difícil, como ha dicho un distinguido escritor francés, encerrar en breves líneas la vida de un hombre tan ilustre, de un ciudadano tan eminente, de un escritor tan esclarecido, como lo fué D. Ignacio M. Altamirano; digno y elocuente representante de esa raza indígena que puede presentar al mundo entero, héroes como Cuauhtemoc, reformistas como Juárez y pensadores como Ramírez.

En nuestros anales históricos y literarios, Altamirano es la genuina representación de esa raza noble y valiente, que sucumbió con todo un pasado gloriosísimo ante el poder de la Conquista, que vivió envilecida y tutelada durante el período colonial, que ansiosa pero indisciplinada derramó su sangre en la guerra de independencia, y que renació en la Reforma representada por el indio de Guelatao y por el filósofo de Letrán, para demostrar con vivos ejemplos que educada y ennoblecida, puede alzar orgullosa la frente, cuando la bañan los brillantes rayos de la civilización.

Altamirano es una prueba del mérito y aptitudes que posee esa raza. Nace en un humilde pueblo—Tixtla, hoy ciudad Guerrero—el 12 de Diciembre de 1834. (1) Sus padres, Francisco Altamirano y Gertrudis Bacilio,

(1) Para fijar esta fecha, distinta á la que han dado todos sus biógrafos, 13 de Noviembre, hemos tenido á la vista, la partida de bautismo que copiamos en seguida: "Al margen una estampilla de á cincuenta centavos, cancelada con un sello de tinta verde que dice: "Juzgado Eclesiástico y Vicaría foránea de Guerrero.—Anselmo de J. González y Cienfuegos, Cura encargado de la Parroquia de San Martín Tixtla.—Certifico en debida forma que en uno de los libros de bautismo marcado con el núm. 22 á fojas 24 se encuentra una partida que á la letra es como sigue:—"En esta Iglesia parroquial Cabecera de partido de esta Ciudad de San Martín Tixtla, á trece de Diciembre de mil ochocientos treinta y cuatro años. Yo, D. Antonio Reyes, Cura propio de esa flegresía, bautisé solemnemente, puse óleo y crisma á Ignacio Homobono Serapio de un día de nacido, hijo legítimo de Francisco Altamirano, y de Gertrudis Bacilio, fueron sus padrinos Manuel Dimas Rodríguez y su muger Juana Nicolsa López, todos de esa Ciudad, les advertí la obligación de enseñar la doctrina cristiana á su ahijado y el parentesco espiritual que contrajeron con él en primer grado y con sus padres en segundo. Y lo firmé.—A. Reyes, una rúbrica.—Concuerda fiel y legalmente con la original á que me refiero que obra en este archivo de mi cargo Y para los fines que convengan doy el presente en este Juzgado Eclesiástico de San Martín Tixtla, á veinticuatro de Agosto de mil ochocientos ochenta y nueve.—Firmado, Anselmo de J. González y Cienfuegos, una rúbrica."

indígenas de pura sangre, oscuros y pobres, llevaban postizo el apellido legado por un español que bautizó á uno de sus ascendientes.

Altamirano hasta la edad de catorce años fué el tipo de los hijos de nuestros indígenas, que no tienen más patrimonio que una *milpa* y unos asnos, una choza y una poca de voluntad para el trabajo. Altamirano vivió así, humilde, casi salvaje, sin saber el idioma español, sin más ocupaciones que apedrear á los pájaros en los bosques y emprender descomunales combates infantiles, con los muchachos vagabundos de los barrios de su pueblo.

Por fin entró á una escuela. La división de razas no había sido aún relegada al olvido. Subsistía como una fatal herencia de la dominación española. De un lado estaban *los de razón*, los hijos de españoles, para los cuales eran los privilegios de la enseñanza; del otro se encontraban los indios, los desheredados, los que sólo aprendían á leer y retenían de memoria el catecismo de Ripalda. Entre estos estuvo Altamirano.

Pero la fortuna y la aplicación de ese indio se tornó bien pronto. Su padre fué nombrado Alcalde, y el maestro del pueblo, queriendo sin duda complacerlo, le felicitó con entusiasmo, por la acertada elección. El buen Alcalde, sin ofuscarse por las adulaciones, sin ensordecerse por los pifanos y chirimías que entonces fueron á tocar á su casa, no se olvidó de su hijo, lo recomendó al maestro, y este le protestó que al día siguiente Ignacio figuraría entre *los seres de razón*.

Fué el primer paso. Pronto una benéfica ley del Estado de México, iniciada por Ramírez y promulgada por D. Simón Guzmán, llamó á los jóvenes indios más aplicados de los Municipios, previo examen, á recibir la instrucción en el Instituto Literario de Toluca.

Altamirano, sobresalió entre sus condiscípulos en la prueba, por su instrucción y talento, y después de dar el adiós á sus padres, se trasladó á Toluca el año de 1849. En el Instituto cursó español, latinidad, francés y filosofía, obteniendo las primeras calificaciones y los primeros premios. Fué además agraciado con el empleo de bibliotecario del establecimiento, y ahí fué donde nutrió su espíritu de saber y erudición. Todos aquellos libros, que encerraba la biblioteca, fueron leídos y estudiados con avidez por Altamirano, en sus ratos de solaz y en las noches enteras que robaba al sueño. En el Instituto conoció á Ramírez, su Maestro venerable, que un día le llamó á la clase de literatura, sorprendido de que en su afán de escucharle, Altamirano se sentaba humilde en la puerta

que daba entrada á la cátedra. En el mismo Instituto, hábilmente dirigido entonces por el Lic. D. Felipe Sánchez Solís, Altamirano escribió sus primeras producciones en prosa, sus primeros versos, y unos artículos satíricos que publicó en el periódico *Los Papachos*, que aún son recordados con gusto por los que tuvieron oportunidad de leerlos.

Sea por sus ideas liberales ya manifiestas y conocidas de todos, sea que su genio activo é independiente disgustara á los *moderados* que en el Instituto habían sustituido á Ramírez y á otros profesores de principios avanzados, lo cierto es que Altamirano tuvo que abandonar aquel plantel, donde el estudio había amamantado á su espíritu.

Pobre, desvalido, sin amparo, refugióse en un colegio particular, que tenía en Toluca en esa época D. Miguel Domínguez, donde en cambio de la clase de francés que daba á los alumnos, le proporcionaban alimentos y un techo hospitalario.

Empero, el carácter de Altamirano buscó nuevos horizontes. Dejó la escuela humilde del benéfico Domínguez, y se lanzó á una vida peregrina y de aventuras, llena de peripecias y vicisitudes, en que hoy enseñaba en un pueblo las primeras letras, y mañana con su mente juvenil y soñadora se embebía en los dulces ensueños del primer amor, en el que fué desgraciado como sucede casi siempre, pues este dulce sentimiento agita el corazón del hombre, como una ráfaga primaveral que embriaga con su perfume y su frescura, pero que pasa ligera y fugitiva.

Entonces fué cuando Altamirano pensó en ser dramaturgo; entonces fué cuando en un teatro de provincia y con una compañía muy humilde, puso á la escena su drama histórico, *Morelos en Cuautla*, que como remordimiento literario, guardaba en su biblioteca; pero que fué un pecado manuscrito que no absolverán las Bellas letras. ¡Caso curioso y singular! Cuando se representó esa pieza la única y primera vez, el público entusiasmado y seducido, pidió á gritos el nombre del autor, y éste confuso y avergonzado, salió de la *concha del apuntador*, para recibir los lauros de aquella ovación sincera y espontánea. Altamirano era el consuetudinario de la pobre compañía.

¡Con qué encanto oímos estas confidencias de boca del protagonista, lo mismo que otras en que nos narraba con estilo pintoresco y familiar, los tiernos años de su niñez, cuando encendido por el calor estiraba el cordel de la fragua de su pueblo, ó majaba el candente hierro á los golpes del martillo en el yunque! ¡Con qué colorido tan inimitable nos

comunicó sus primeras aptitudes artísticas, cuando en el humilde taller de un pintor de Tixtla, molía de rodillas en una piedra los colores de aquel ignorado Apeles!

Con gusto trasladaríamos aquí en forma pálida é incorrecta, todas esas íntimas comunicaciones del Maestro con el discípulo; pero aunque nuestra mente está preñada de recuerdos, y nuestra pluma nerviosa se impacienta por escribirlas, ni el tiempo que disponemos ni el limitado espacio de las páginas consagradas á su memoria en este libro, nos proporcionan la grata tarea de referirlas.

Es el liberal sin tacha, es el orador elocuentísimo, es el valiente soldado de la República, el que tiene que destacarse en esta obra; no es el hombre privado, modelo en su hogar, amigo sincero, y maestro entre los maestros, el que reclama ahora nuestra atención; y si nos divagamos, y si la pluma no obedece á la cabeza, es que el sentimiento latente, vivo y apasionado, estremece aún á nuestra alma agitada por el dolor de una muerte, que cubre de luto lirras y periódicos, libros y tribunas, á la República y á la Patria; pero más aún al discípulo, que sin brújula y sin piloto, no tiene ante su vista un faro en lontananza.

II.

Mas volvamos á nuestra narración sencilla y fría. Altamirano vino á México, para inscribirse en el Colegio de Letrán y continuar sus cursos de filosofía, comenzados en el Instituto de Toluca. El círculo de sus conocimientos se ensanchó, y los triunfos escolares admiraron á condiscípulos y profesores.

Pronto, sin embargo, la revolución de Ayutla contra la tiranía del general Santa-Anna estremeció á la República, y todos los corazones palpitaron, entusiastas por la libertad y ansiosos de nuevas y regeneradoras ideas; más de un joven desvistió el manto de colegial, para revestirse con el uniforme del soldado de la nueva causa. Altamirano fué uno de ellos. Dejó á Letrán, y en pos de sus bosques vírgenes fué al Sur, combatió enérgico y con todo el vigor de su juventud por el plan de Ayutla, sirvió según tenemos entendido como secretario del venerable anciano insurgente é inmaculado liberal, D. Juan Alvarez; y de regreso á México volvió á entrar al colegio de Letrán para concluir sus estudios de Derecho en 1859.

El mismo Altamirano en uno de sus prólogos, nos ha dejado una brillante página autobiográfica de esa época. En 1857, refiere, que dividía su atención "entre las contra-lic-

ciones del *Digesto* que no producía sino un diluvio de sutilezas en la Cátedra, y las disputas irritantes de la política, que traían agitados á liberales y conservadores y provocaban la más sangrienta de nuestras guerras civiles." Escribía también sus primeros artículos de combate en los diarios políticos, y su cuarto de colegial, se transformaba á veces por la concurrencia de sus amigos "en redacción de periódico, en club reformista ó en centro literario, que se aumentaba naturalmente con la asistencia de numerosos estudiantes y partidarios ardentísimos de la revolución." Se dirigía con ellos en muchas ocasiones "á las galerías del Congreso para asistir á las sesiones en que se discutía la Constitución y para aplaudir los elocuentes discursos de Ocampo, de Ramírez, de Zarco y de Arriaga, y para tomar nota de los esfuerzos que hacían el ministro Lafragua y la pandilla de falsos liberales contra las libertades humanas y políticas." En medio de estas tareas, desempeñaba la clase de latinidad, y fué en ese tiempo cuando conoció á Marcos Arroniz, asesinado después cerca de Puebla, á Florencio María del Castillo, que redactaba *El Monitor Republicano* y que fué más tarde víctima de la Intervención, á José Rivera y Río; á Manuel Mateos y Juan Díaz Covarrubias, mártires de su deber, y á otros muchos que aún viven. Fué aquel cuarto de Altamirano el centro de las letras y el foco de la política juvenil, "y el bello tiempo de los sueños de Libertad y de Poesía, de los propósitos generosos y de los juramentos revolucionarios que pronto iban á cumplirse, porque la guerra estaba allí para reclamar el cumplimiento de los votos....."

En efecto, pasó el año de 57, y en sus primeros días estalló la guerra civil, que prolongada hasta Enero de 1858, proporcionó el triunfo á los conservadores. El grupo de aquellos jóvenes que presidía Altamirano se dispersó; pero aun tuvo tiempo este antes de abandonar el Colegio, para escribir indignado *Los Bandidos de la Cruz*, alejandrinos que fueron "muy malos—dice él mismo—pero que en alas de la pasión de partido, volaron por toda la República," y aun tuvo tiempo para improvisar junto con Manuel Mateos, en una tarde y en los bordes de la fuente de Letrán, unos tremendos dísticos en contra del Gobierno reaccionario.

La guerra de Reforma se presentó terrible y transformando todo bajo su poderoso empuje. Los bandos divididos luchaban sin tregua, y el choque de principios, y la lucha te- naz entre un pasado vetusto y tradicional, que no cedía á un presente nuevo y demole-

dor, conmovió á todas las clases, que prestas á la brega se lanzaron á luchar sin límites ni trabas. Los Estados no permanecieron indiferentes, y Altamirano una vez más fué al Sur, á Guerrero, como adalid formidable, para combatir al clero por medio de su pluma en *El Eco de la Reforma*, periódico que él fundó, y con su espada de soldado de Ayutla, en los campos de batalla; encontrándose en diversas acciones coronadas por el éxito.

Por esta época, fué cuando pronunció su primer discurso cívico,—que poseemos autógrafa,—el 16 de Septiembre de 1859 y en la hoy ciudad Guerrero. El exordio de este discurso decía: "En medio de la tormenta revolucionaria que nos agita, entre las tinieblas de esta noche sangrienta que estamos cruzando, y en los momentos mismos en que creemos: que el cielo es de bronce; al clamor de la Patria, aun nos sonríe dulce y bello, como una alba del trópico, consolador como un faro de esperanza, el glorioso recuerdo de nuestra Independencia." Y el epílogo cerraba así al discurso: "Y aun cuando la desgracia hiciera que por hoy, la victoria no premiase nuestros esfuerzos, aun tenemos nuevos recursos en nuestro Derecho y en la fuerza popular y libraremos desesperados el combate definitivo. El partido conservador no debe olvidar que un día, presintiendo las resistencias de nuestros enemigos y tal vez los azares de esta lucha, el famoso constituyente Ignacio Ramírez lanzó esta frase desde los escaños de la Asamblea Nacional.

"Tened entendido, dijo, que la Constitución no es todavía nuestra última palabra."

"El pueblo inspiró esa frase amenazadora y el pueblo la mantiene como su recurso supremo."

"La Reforma triunfará de sus enemigos."

Quien así se iniciaba en la tribuna, tuvo el gusto de ver cumplido su vaticinio, pues la Reforma triunfó como él lo esperaba; y el 11 de Enero de 1861, hacia su entrada á la ciudad de México D. Benito Juárez, después de una revolución sangrienta y tremenda; pero grande y fecunda en resultados para lo porvenir.

III.

Era tiempo de que estos servicios prestados con el mayor desinterés, obtuviesen un premio justo y merecido. Altamirano fué electo diputado al Congreso de la Unión en 1861. Entonces su importante personalidad histórica tomó grandes proporciones, por su elocuente y avasalladora palabra, que hizo estremecer á los enemigos, conmovió á toda

la sociedad de México, y aún á la Nación entera.

Se discutía en la Cámara el célebre dictamen sobre la ley de *amnistía*. En una sesión celebrada en el mes de Julio, Altamirano solicitó hablar en contra. El aspecto del salón era imponente. Las galerías se hallaban henchidas de curiosos, ávidos de presenciar la discusión y de oír al joven diputado, que con los formidables dardos de su elocuencia, atacaría aquella ley humanitaria, pero inoportuna é inconveniente en esos instantes en que la sangre caliente aún de las víctimas y defensores de la Reforma, clamaba por un severo castigo. Reinaba un silencio profundo, que sólo interrumpió la voz del Presidente, al decir:

—El C. Diputado Altamirano tiene la palabra en contra.

El aludido ocupó la tribuna. Recto como su conciencia, impuso con una mirada al auditorio. Se agitó con la diestra el rebelde cabello de su cabeza fiera y altiva, y con voz clara, limpia y sonora, pronunció el tratamiento sacramental, que se dirige siempre en estos actos al Congreso: SEÑOR!

Altamirano tenía á la sazón veintisiete años. Joven por la edad; pero enflaquecido por el estudio y por las fatigas de la revolución; con el cutis requemado por el sol ardentísimo del Sur; y con las facciones endurecidas del que no había gozado hasta entonces de tranquilidad, apareció ante representantes y espectadores, amenazador y temible. Habló; entusiasmó con su elocuencia, y con su peroración vehemente y apasionada, concluyó por estremecer de espanto al auditorio, cuando en un arranque de valentía, solicitaba el castigo de dos enemigos, "cuyos cráneos debían estar ya blancos en la picota."

Los diputados desde sus asientos y el público desde las galerías, unísonos admiraban al orador atrevido, al indio audaz, que nacido en pobrísima cuna, había logrado por su constancia y talento, subir á las *rostras* y pronunciar como Cicerón la más terrible *Catilinaria*.

"Yo bien sé—decía—que disgusto á ciertas gentes, espresándome así con esta energía franca y ardorosa; yo sé que no son estos los sentimientos de esos políticos de biombo que se estuvieron impasibles durante la lucha, sin apiadarse de la aflicción de la patria y complaciéndose en los horrores que pasaron fuera de la capital.

"Pero yo no quiero transacciones; yo soy hijo de las montañas del Sur, y desciendo de aquellos hombres de hierro que han preferi-

do siempre comer raíces y vivir entre las fieras á inclinar su frente ante los tiranos y á dar un abrazo á los traidores.

"Sí; yo pertenezco á esa falange de partidarios que pueden llamarse: los "Bayardos del liberalismo," sin miedo y sin tacha.

"Desde que salí de las costas para venir á este puesto, me he resignado estoicamente á perder la cabeza, y mientras yo no la tenga muy segura sobre mis hombros, no he de otorgar un sólo perdón á los verdugos de mis hermanos. Yo no he venido á hacer compromisos con ningún reaccionario, ni á enervarme con la molición de la capital, y entiendo que mientras todos los diputados que se sientan en estos bancos no se decidan á jugar la vida en defensa de la majestad nacional, nada bueno hemos de hacer.

"Pero yo creo que el Congreso sabrá mostrar á la Nación que se halla á la altura de sus deseos, y que comprende su misión santa. Yo creo que el legislativo dirá con frecuencia al ejecutivo, en presencia de cada malvado, lo que Mario á Cinna en presencia de cada enemigo: "Es preciso que muera." (1)

El éxito de este discurso que íntegro reproduciríamos, sino fuera por su extensión, fué espléndido y soberbio. El dictamen á pesar de haber sido defendido por muchos notables y elocuentes oradores, por una gran mayoría de diputados quedó reprobado. Altamirano fué aplaudido con positivo frenesí, y estrechado con efusión por sus compañeros. Se le bajó en peso por las escañeras de Palacio, donde estaba entonces la Cámara, y se le condujo vitoreándole hasta su habitación.

No se hablaba de otra cosa en los cerrillos políticos, en las reuniones literarias y en las tertulias de los salones, más que de aquel discurso, que profusamente impreso en multitud de ediciones y reproducido con elogios calorosos por toda la prensa, era leído y comentado.

"Toda la ciudad—decía *L'Estafete*—resuena todavía con el discurso pronunciado en la tribuna de la Cámara, por el Sr. Altamirano. Se está poco acostumbrado en la sociedad mexicana, á una vehemencia semejante de lenguaje y á esa inflexibilidad de principios; y no es por eso de sorprenderse, que los rayos del diputado de Guerrero, hayan agitado profundamente las regiones ordinariamente tan serenas y tan plácidas de la política. Es todo un acontecimiento y en este orador debe haber un hombre de acción y una esperanza para la República.

(1) Ignacio M. Altamirano.—Discursos.—París 1892. Páginas 37 y 38.

"Su manera de decir es concisa y de una firmeza notable. Su estilo desnudo de metáforas exóticas, tiene vivas salidas y va derecho al objeto del pensamiento, sin arrastrarse á través de períodos pastosos y de circunlocuciones convenidas. La fuerza de su palabra, consiste, sobre todo, en una argumentación cerrada, encadenada sin arte aparente; pero rigurosamente apoyada en citas históricas oportunas y bien escogidas. El secreto de su éxito está casi entero en el movimiento rápido, algunas veces brusco de sus razonamientos mezclados de sarcasmos ó vivas emociones políticas, de interpelaciones á quema ropa, de interrogaciones triunfantes y de sombríos arranques de cólera. Hemos oído muchas veces en la tribuna mexicana, discursos agradables, fantasistas divertidos, floridos retóricos; pero nunca un orador tan nervioso y arrebatador, como el Sr. Altamirano, que era, todavía hace algunos días, un desconocido."

Semejantes ó parecidos elogios hicieron otros diarios. *La Ilustración Francesa*, reprodujo acompañado del retrato del orador el juicio preinserto, lo mismo que *El Correo de Ultramar*, y otras varias publicaciones extranjeras.

Aquel discurso conquistó la fama de Altamirano, su nombre fué popular desde entonces, y los reaccionarios, por boca de uno de sus órganos impresos le decían el *Marat de los puros*, no sabemos si de buena fé ó con refinada malicia, aunque nos inclinamos á lo segundo; pero nunca, ni por una figura retórica podríamos aceptar ese símil, porque Altamirano en aquellas circunstancias pidió, es cierto, con demasiada vehemencia el castigo de los culpables; mas en su pecho latía un corazón nobilísimo y jamás descendió á los desórdenes de que fuera autor, el que se decía *Amigo del Pueblo* en tipos de molde, y que no pasó de ser un ente repugnante que tuvo merecido castigo en el puñal salvador de Carlota Corday.

IV.

Pero los triunfos parlamentarios no fueron motivo para que Altamirano dejase de prestar con su espada importantes servicios durante las guerras de la Intervención y el Imperio. El tribuno y el literato han hecho olvidar repetidas veces al modesto soldado de la República; pero en este sentido como en muchos, merece un lugar prominente, por su valor temerario y por su decoro militar, reconocido por ilustres jefes de nuestro ejército, que tuvieron ocasión de conocerle y aún ser